

Ex

Estaba convencida que este tipo de cosas solo pasaban en las películas. Viendo la película de mi vida creo que nací para ser la “Ex”. Todo empezó un día como hoy o como ayer o como cualquiera de esos días en el que las cosas no pueden salir peor. Mi amiga Marcela me llamó para contármelo. Eran según ella dos noticias que debía contarme inexorablemente, una buena y una mala. La muy tonta me preguntó cuál quería que me contara primero y dudé. Su voz no me sonaba lo suficientemente clara como para que el saldo entre esas dos noticias fuese positivo. “¡Contame! ¡Dale! ¡Contame la que más te guste!” le dije, tratando que acelerara el trámite. Sin anestesia me cuenta que en la noche anterior, en la fiesta de fin de año de mi ex trabajo, se había apretado a un tal Roque cerca del baño de mujeres del boliche. A mí me habían despedido, según ellos, por reducción de personal hacía un par de semanas y por eso no tuve ni cara ni ganas de asistir a la fiesta de despedida del año a pesar de que me habían invitado formalmente. Yo había mantenido en secreto que mi prometido era el nuevo de contaduría, que había sido trasladado desde otra sucursal. No había dicho nada ya que no producirle problemas en su desarrollo de carrera dentro de la financiera. También había mantenido en secreto que nos íbamos a casar en mayo de ese año. Para colmo de males también se llamaba Roque y al ser este un nombre no muy popular, me temblaron las piernas. Roque fue el único “Roque” que conocí en toda mi vida además del santo patrono de los perros. El desengaño se empezaba a escribir con marcador rojo fosforescente, pero quería saber más de lo que había pasado esa noche de joda y copas. Con un poco de suerte, habría un homónimo y todo sería un pequeño sustos que con los años podría contar como una estúpida anécdota, pero a medida que me iba contando las características fisonómicas y algunas características que no les podré contar por pudor me di cuenta de que ese Roque no podía ser otro que mi Roque.

Tragué saliva, necesitaba saber todo con lujo de detalles y le pedí que me contara cuál era la buena, o mejor dicho cuál era la mala para ella. La muy inconsciente me cuenta que ese tal “Roque” tenía novia, que estaba a punto de contraer matrimonio con una boluda, pero que a ella no le importaba, estaba caliente con el pibe y que habían coordinado para ir a un *telo* esa misma tarde. Como nota de color, Marcelita me agrega que ese Roque que ya me olía a Roquefort podrido le había contado como una hazaña que la forra de la novia puso todo lo que cobró de una indemnización que había recibido para saldar la deuda que tenían por un departamento. También me cuenta que ahora se sentía un poco arrepentida, que la culpa la estaba carcomiendo y dudaba de ir o no a su encuentro sexual al ponerse en los zapatos de aquella desconocida, o sea yo. Yo me mordí la lengua y la alenté a que fuera.

La fiesta, como todos los años la había organizado la empresa con la puntillosa colaboración de María Julia Domínguez, la jefa de contaduría, la misma que me puso primera en la lista de despidos y después se hizo la buenita invitándome a la fiesta y prometiéndome que daría las mejores referencias mías para que me pueda reubicar rápidamente. Yo, desde el primer día, la llamé por el apellido y siempre de usted, no era un tema de respeto o de no haber conseguido su confianza, era porque la veía como un ser diabólico que tarde o temprano me iba a clavar un puñal por la espalda como lo hizo con la misma frialdad y asco de quien revienta con el zapato una cucaracha en el piso de la cocina.

La desconfianza se apoderó de mí, ya no creía en la inocencia de Marcela, ni en la de María Julia Domínguez, ni en nadie, todo parecía un complot del mundo hacia mi persona.

Ustedes pensarán que soy de plástico, que las cosas me resbalan, que no me duelen, pero si... me duelen y mucho, siempre trato de disimular mi dolor. Ya desde muy chica cuando me caía de rodillas jugando a la mancha

venenosa en el recreo y todas mis compañeras se mataban de risa, yo me ponía de pie como si nada me hubiera pasado aunque me sangraran las piernitas y estuviese al límite del llanto. Pero nunca dejaba que las cosas se quedaran ahí, esas nenas que se reían de mí de inmediato pasaban a la lista de las que debían sufrir su merecido y cuando hablo de sufrir, hablo de sufrir con mayúsculas.

La Colorada Garbarino, la que era la primera en levantar la mano cuando la señorita Cristina hacía una pregunta era la que más se reía, las otras también se reían, pero se reían porque la Colorada las contagiaba con esa risa burlona e insufrible. Ella siempre se reía de mí, cuando la señorita me hacía pasar al frente, cuando me agarraban conversado en el fondo, cuando me mandaban afuera en penitencia y cuando me ponían una mala nota en el boletín. En esa oportunidad estuve mucho tiempo con la obsesión de hacerle algo a la Colorada Garbarino que nunca olvidase en su vida y que sirviese de ejemplo para el resto de mis tontas compañeritas por el resto de los años de mi ciclo escolar.

Habíamos terminado segundo grado y todo ese verano no dejé un segundo de pensar en la Colorada, hasta que por suerte llegó nuestro primer día de tercer grado. Nos pusieron a todas en fila, yo que era un poco más alta que ella me puse justo detrás, podía ver su nuca y oler la fragancia berreta con la que se había perfumado. La directora dijo unas palabras de bienvenida, las dos tragas de sexto subieron la bandera y cantamos el himno. Al terminar no fueron indicando que fuéramos en orden a nuestras correspondientes aulas con nuestras nuevas maestras. Esa era la oportunidad, debía ser sutil, debía parecer un accidente. La colorada hacía bromas mientras subíamos al primer piso donde se encontraba nuestra aula y su perfume me alteraba al punto que sentí que las manos me temblaban. La escalera tenía dos tramos y un descanso importante para subir hacia la derecha, en el momento en que íbamos a doblar me le adelanto a la Colorada y la empuje hacia abajo, ella

rodó por los escalones uno tras otro hasta que llegó a la planta baja. Todas las compañeras aullaban desesperadas. Gracias al cielo ninguna pudo advertir mi fugaz movimiento. La Colorada estaba inconsciente en el piso, con la cabeza ensangrentada, un corte profundo en la frente y un par de dientes rotos que le asomaban de su boca. La *seño* preguntó asustada que había pasado, vino la directora y otras maestras al toque. En el tumulto nadie encontraba una explicación, yo les dije que me parecía que se había pisado los cordones que por eso se trastabilló y se cayó y que ella era una distraída y siempre se olvidaba de atarlos y no sé cuántas otras cosas más dije. A la Colo la tuvieron que internar, estuvo casi dos meses sin venir a clase. Yo me ofrecí a llevarle los deberes a la casa y así fue como lo hice durante todo ese tiempo. La *seño* estaba orgullosa de mi buena y solidaria actitud y por eso a fin de año me dieron la medalla a la mejor compañera. Yo estaba feliz por darle un cierre a mi estupenda venganza. Cada vez que me veía en su cama, la Colorada se ponía roja, esperaba a que su mamá saliera del cuarto, la miraba fijo hasta que ella bajaba la cabeza como un perro asustado. Con mi dulce voz le decía al oído “si decís algo ya sabés lo que te va a pasar la próxima, si decís algo la próxima no la contás y si te volvés a reír de mi te voy a voltear los pocos dientes que te quedaron sanos”. Conclusión, ni la Colorada Garbarino ni ninguna de mis otras compañeritas volvió a reírse de mí.

Luego de aquella comunicación telefónica deje pasar un tiempo, no podía actuar en caliente, mejor dicho en estado de candente efervescencia. Estaba harta de que se me rieran en la cara y por qué no también a mis espaldas. Dejé de ver y hablar con mi ex amiga, tomé distancia. Con Roque debía disimular, tener información aunque sea la peor te da poder, es como jugar al truco conociendo las cartas del otro en todas las manos. Nunca le blanqueé a Marcela que la cornuda era yo. Sentía odio por ambos, por Roque,

ya que aprovechando la volteada, se tiró una cañita al aire y por Marcela por ser tan bombacha floja y mentirosa. ¿Como se puede tener tan mala suerte? ¡Justo mi ex pareja se metiera con mi ex amiga en la fiesta de mi ex laburo y que encima me lo cuentan como si fuera el final de una serie de Netflix que me prometían no *spoilear*!

La secuencia de hechos fortuitos y deslealtades habían colmado mi capacidad de resiliencia y dije basta... basta para mí. Llegó el momento en el que ellos debían sufrir y si María Julia Domínguez, mi ex jefa, caía en la volteada... muchísimo mejor.

Al principio pensé en poner un abogado para recuperar la guita que había puesto en el *depto* y no hacer mayor escándalo. Darle el olivo, como se suele decir en estos casos sin pena ni gloria, hubiera sido lo más fácil e inocuo. Pero ese hubiese sido el final cantado que me dejaría un amargo sabor a odio que tardaría mucho tiempo en quitármelo de la boca. La venganza, como se suele decir en estos casos, es el placer de los dioses y yo, que me creía una diosa inalcanzable, debía pergeñar la mejor forma de destruir a mi ex amiga, a mi ex jefa y obviamente a mi ex, el lindo, canchero, fachero, ganador y forro de Roque.

Dejé pasar dos semanas de aquella llamada reveladora. Como les dije, dejé de ver a Marcela, mi ex amiga, me daba vergüenza ajena tenerla frente a frente y hubiera delatado mi plan. No era sorpresa para mí que ella era una minita que iba muy suelta de cascos por la vida, que no dejaba títere con cabeza, pero jamás hubiera esperado que se iba a meter con el que para ese momento era mi media naranja. Hablar con ella develaría todas mis intenciones y ambos estarían en alerta ante mí estratégica y minuciosamente planeada contraofensiva.

En las noches ahogaba mis penas con whisky o en su defecto con cerveza hasta que el pedo me volteaba y me hacía ir a la cama. Por la mañana la cabeza me estallaba, la tele seguía funcionando desde que había perdido

la conciencia y solo dos tazas de café negro me hacían recuperar la cordura. Mi objetivo en la vida no era encontrar a otro novio, o encontrar un trabajo, o encontrar a otra amiga, mi objetivo era destruirlos a los tres. Roque me llamaba y yo buscaba excusas para que no nos encontráramos, le dije que había contraído COVID, que estaba descompuesta, que había venido una amiga de Europa a quedarse unos días en casa y por suerte se creía todo lo que le decía, aunque estaba convencida que el muy hijo de puta aprovechaba para salir de joda y volver a sus andadas, tal vez con Marcelita o tal vez con alguna otra atorranta.

Mi golpe debía ser preciso, no podía dejar huellas que me dejaran pegada, debía ser lo más efectiva y contundente como para lograr que mis tres “Ex” pasaran a ser mis tres exterminados.

Mañana tarde y noche pasaba de un estado de inconsciencia a otro de hiperactividad, es muy difícil explicar lo que una siente cuando se pone en pie de guerra para calmar de una vez por todas con ese dolor que, como un gusano, hace agujeros en el corazón. Juro que estuve a punto de pegarme un corchazo, pero por suerte planear el objetivo de hacerlos sufrir me devolvió el alma al cuerpo. Escribía notas con distintas formas de venganzas, leí toda la colección de Agatha Christie que me había regalado mi ex y un día, un maravilloso día, di con la clave, había encontrado mi mejor plan.

Resulta que entre tantos beneficios boludos que brindaba mi ex empleador a todos nosotros sin excepción estaba el festejo del cumpleaños del colaborador. Ese día, aparte de llenar la oficina de globos como si fuéramos nenes bobos de jardín de infantes, la señora María Julia Domínguez manda traer de una de las confiterías más paquetas de la zona, las Delicias del Oeste, una torta enorme llena de cerezas al marrasquino con el nombre del homenajeado escrito con grajeas de chocolate. A la hora del mediodía llegaba el morocho de seguridad cargando el paquete que todos

compartíamos después de que el susodicho soplara las velitas y nosotros le cantáramos el cumpleaños feliz.

El quince de febrero era el cumple de Marcela, lo tenía muy presente ya que la noche anterior generalmente íbamos a festejar con Roque a algún restaurante de Puerto Madero el día de los enamorados y cuando nos volvíamos yo nunca, pero nunca dejaba de llamar a mi ex amiga para su cumple. Ese día iba a caer Sábado, y por lo general cuando los cumpleaños caían en los fines de semana o feriados, el festejo se corría para el primer día hábil con el cuento de que nunca hay que festejar antes y en eso tengo que reconocer que tenían razón. Ese viernes no tuve con quien festejar el día de los enamorados, aunque Roque me llamó diez veces para que nos veamos a lo que me excusé diciéndole que se me había roto una muela y estaba fatal de dolor. Le dije que iba a pedir turno al dentista y si me calmaba le prometía que íbamos a correr el festejo para ese domingo sin falta.

Ahora sí, después de cinco años, puedo confesarles con lujo de detalles los acontecimientos que ocurrieron ese catorce de febrero y sus consecuencias.

Busqué en internet el teléfono de las Delicias del Oeste, les dije que llamaba de la financiera y que necesitaba de manera urgente la misma torta que solíamos comprar para todos los empleados pero esta vez escrito con grajeas de chocolate el nombre “Marcela”. También le aclaré que no hacía falta que la enviaran a la firma ya que la pasaríamos a buscar. Llamé a uno de esos servicios de moto y le pedí que fuera a buscar la torta a la hora que me prometieron que estaría lista. Le di ciento cincuenta indicaciones al motoquero para que la torta llegara sana y salva a mi departamento. Esa semana había macerado unas cerezas al marrasquino en un líquido incoloro e inodoro que prefiero no confesar con el objeto de que a algún otro lector se le ocurra lo mismo que a mí para vengar a alguien. El pibe me tocó el timbre, me puse unos guantes de látex de esos que se usan para lavar los

platos y bajé a buscar el paquete. El motoquero abrió la caja donde trasladan los pedidos y me entregó el paquete. Le pedí que me esperara, que le iba a dar una muy buena propina cuando terminase el trabajo. Subí nerviosa por el ascensor con el paquete entre mis manos. Con dificultad abrí la puerta. Con extremo cuidado despegué las cintas Scotch y desarmé el paquete encontrándome con la hermosa torta repleta de cerezas al marrasquino y el nombre de la muy puta escrito con grajeas de chocolate en el medio. Con la pinza de depilar con la que me saco los pelos de las cejas despegué de la torta cada una de las cerezas y me las fui comiendo como si fuese el fantasma del PacMan. Luego abrí mi frasco con mis cerezas al marrasquino que estuvieron absorbiendo mi brebaje y las ubiqué una por una en los orificios de crema que habían quedado. Armé el paquete nuevamente, agarré mi billetera y bajé por el ascensor. El muchacho de la moto me estaba esperando impaciente, le entregué el paquete con la torta y luego hurgando en mi billetera le di la mejor propina que pudo haber recibido en años. Le pasé la dirección de la financiera y le dije que se la entregue al negro de seguridad que sin duda estaba en la recepción. Ahora solo me quedaba esperar y poco me importaban en ese momento los daños colaterales, porque aparte de los tres que eran mi objetivo original, con todo el resto del personal tampoco hubiese tenido la mínima piedad. Eran todos y todas, de manera inclusiva, iguales para mí.

Había leído en unos de mis libros que la dosis de veinticinco miligramos era suficiente para matar a un toro. Que los efectos se experimentarían en segundos, que comenzarían con vómitos, luego se le contraerían los músculos torácicos hasta que le llegara su merecida muerte por asfixia o en el mejor de los casos muerte cerebral. El plan era perfecto, no había dejado ninguna huella.

Me comí todas mis uñas esculpidas por la ansiedad de saber que estaba pasando en ese lugar a esa hora, que estaba pasando con mis tres enemigos

y concluí que debía ser paciente y ver las noticias por la televisión. También aposté a que alguna compañera que estuviese haciendo régimen y no hubiese probado la torta de las Delicias haya sobrevivido milagrosamente para contármelo. Imaginaba el caos en la oficina y sentía que había hecho lo justo y que en el infierno se iban a reunir todos. Tal vez junto a mí en unos años, pero yo con la satisfacción de haber curado mi dolor con esa perfecta venganza.

Pero como decía un famoso mago llamado TuSam “Todo puede fallar”. Prendo la televisión y veo en el noticiero una placa roja que decía:

ULTIMO MOMENTO

Personal intoxicado de famosa confitería del Oeste del Gran Buenos Aires.

No entendía que podía haber fallado, todo había estado milimétricamente calculado.

Una semana después, suena el timbre de mi departamento y un grupo de policías de la Federal me vinieron a buscar por orden del juez y me llevaron de las pestañas.

Frente al juez pude enterarme cuáles fueron los hechos que sucedieron a mi frustrada venganza. El asistente del juzgado comenzó leyendo:

12:15 El señor Pedro Gómez, empleado de la empresa de seguridad Express Secutity toma los datos personales del motoquero Germán Piñeiro empleado de la compañía de fletes y envíos postales perteneciente doña Filomena Galindez monotributista en la recepción de la FinanTech S.A.

12:20 María Julia Domínguez, jefa de contaduría manda de vuelta el paquete con la torta a la confitería las Delicias del Oeste argumentado que ella no había pedido ninguna torta y que la cumpleañera lo festejaría el lunes subsiguiente.

12:30 El señor Joaquín García dueño de la confitería las Delicias del Oeste recibe el paquete con la torta de cumpleaños destinada para una tal Marcela y aprovechado el cumpleaños de Marcos Ramírez, ciudadano paraguayo, oficial panadero, le pide a Javier Jiménez que le ayude a redecorar la torta devuelta por la financiera FinanTech S.A.

13:05 Javier Jiménez reemplaza, con su arte de repostero, las letras ELA del nombre MarcELA por las letras OS para formar el nombre MarcOS.

13:25 Marcos Ramírez sopla las velitas con los números 4 y 8 encendidas ante el aplauso caluroso de sus compañeros de la confitería.

13:30 El señor Joaquín García abre una botella de sidra y corta una importante porción de la torta que ofrece a su empleado paraguayo.

13:35 El señor Marcos Ramírez prueba la torta del lado donde se encontraban las cerezas al marrasquino.

13:36 El señor Marcos Ramírez empieza a convulsionar y a salirle espuma blanca por la boca.

13:40 El señor Joaquín García llama a la compañía de urgencias médicas a la que está afiliado.

14:10 Llega la ambulancia y lo trasladan al nosocomio más cercano.

El abogado que iba a contratar para recuperar la guita del departamento se quedó sin palabras ante mi indefendible y sincera confesión. Gracias a eso y a que al paraguayo solo le quedó una discapacidad motriz que le permitió una jubilación anticipada fueron los atenuantes a la hora de dictar mi sentencia.

Casualmente me mandaron al mismo pabellón de una tal Yiya que había envenenado a sus amigas según me contaron. Lo lindo es como mis compañeras me respetan y no me dejan que entre en la cocina por nada del mundo.

Cinco años después de mi condena y gracias a mi buena conducta que superó ampliamente a mi lábil arrepentimiento me quedan solo unos días para salir en libertad.

En la película de mi vida pasaré a ser una simple ex protagonista, ex novia, ex amiga, ex empleada, ex alcohólica y pronto seré ex convicta. Prometo fervientemente ante el Dios, que está por encima de todo, que mi ex novio, mi ex amiga y mi ex jefa nunca más volverán a descansar en paz.